

Dossier de prensa

LA CIUDAD DE LA FURIA

Ernesto Mallo

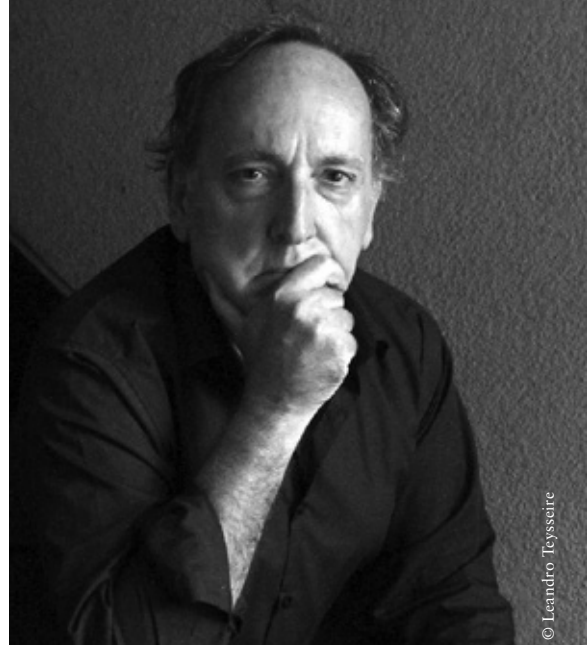


«Ernesto Mallo nos sumerge de lleno en un mundo en el que conviven el asesinato y la impunidad del poder, en un paisaje trufado de asesinos a sueldo y bandas parapoliciales».

JAVIER CORIA, *Público*

Ediciones Siruela

Ernesto Mallo



(La Plata, Argentina, 1948) destaca en todas y cada una de sus facetas creativas: desde la de novelista hasta la de guionista, como la de dramaturgo o periodista *freelance*. Ha publicado, además de las novelas de la serie del comisario Lascano (*Crimen en el barrio del Once*, *El policía descalzo de la plaza San Martín*, *Los hombres te han hecho mal*, *La conspiración de los mediocres*, *El hilo de sangre*), títulos como *El relicario* y *Me verás caer*, y más de diez obras de teatro. También ha participado —y coordinado— en reconocidas antologías de relatos como *Barcelona negra*, *Tiempos negros* o *Músicas negras*. Sus novelas han sido traducidas a doce idiomas.

En 2004, empezó su faceta como novelista. Adscrito al género policiaco, su primera novela, *La aguja en el pajar* (posteriormente publicada en España con el título *Crimen en el barrio del Once*), fue primera finalista del Premio Clarín-Alfaguara de Novela y Premio Memorial Silverio Cañada por la Semana Negra de Gijón. Otro reconocimiento destacado en su carrera ha sido el hecho de estar nominado al Daggers Award, de la Crime Writers' Association por esa misma novela. Ha sido, además, fundador y organizador de BAN!, Buenos Aires Negra, Festival Internacional de Literatura Policial.

Como bien avisa, de manera elocuente y significativa, una pintada roja sobre el muro de entrada al barrio de la Villa 31, uno de los más conflictivos y peligrosos del Buenos Aires que Mallo dibuja en su novela: «Bienvenido a la Ciudad de la Furia».

La Ciudad de la Furia

«Hay odio en cada latido de estas calles sin alma,
de estas avenidas sin piedad».

En un futuro no muy lejano, la ciudad de Buenos Aires —aunque bien podría ser cualquier otra ciudad de Occidente— se ha convertido en un foco de conflictos y corrupción, marcado por los terribles y violentos choques que mantienen enfrentados a los ciudadanos reprimidos y sin recursos con las fuerzas gubernamentales. La pandemia y su consiguiente recesión económica han sumido a buena parte de la población en la más inexplicable y dura pobreza. Las grandes corporaciones medran en la cúpula del poder para hacerse con inversiones financieras e inmobiliarias que les permitan aumentar su riqueza. El poder y el dinero vuelven a concentrarse —ahora más que nunca— en cada vez menos manos (las mismas de siempre), y el Gobierno, ante las manifestaciones y quejas del pueblo, opta por la represión más tajante e injustificada...

En un ambiente hostil y cada vez más inquietante, al fiscal Diego Saralegui le encargan el seguimiento e investigación de un caso que, ya desde el inicio, se presenta bastante oscuro: en el aislado y peligroso barrio de la Villa ha aparecido muerto el hijo de Erhardt, un poderoso magnate empresarial —en la sombra, una de las manos más influyentes y decisivas sobre el Gobierno y la judicatura del país—. Todo apunta a un ajuste de cuentas por razón del padre, principal candidato a hacerse con los terrenos de la Villa para sanearlos y desarrollar un complejo inmobiliario de lujo. Pero algo no cuadra: el joven era precisamente conocido por su activismo social en defensa del barrio y de sus habitantes...

«Pero no solo alberga a estos esforzados supervivientes. También es el hábitat de los expulsados por el sistema, los invisibles: mendigos, pordioseros y muertos en vida. Mezclados con ellos, y amparados por un entramado laberíntico, viven allí los que han hecho del delito su modo y medio de vida: rateros, ladrones, carteristas, asaltantes, rufianes, asesinos, toda clase de locos y abusadores; y la élite del mundo del crimen: los narcotraficantes».

Pero las complicaciones y problemas en la vida, tanto profesional como personal, de Saralegui solo acaban de comenzar... Su mujer lo abandona, y a la habitual incompetencia que muestra en su trabajo, se le añade una pasión desenfrenada por Julia, atractiva mujer imputada en uno de sus casos más complejos, el que inculpa por asesinato a Tomás Selvetti, un brutal sicario que capitanea todos los movimientos ilegales que puedan darse en la Villa. El fiscal cae rendido ante la imponente belleza y maniobras seductoras de esta Ava Gardner argentina. Las presiones que le llegan desde las altas esferas, el alcohol y esa apasionada ceguera harán que Saralegui emprenda una arriesgada maniobra a la que ni siquiera él aventura una buena resolución.

«Lo primero que tenés que hacer es decretar el estado de emergencia económica. ¿Para qué? Para, entre otras medidas, flexibilizar las relaciones laborales, facilitar los despidos y desactivar la actividad sindical. Eso hará bajar el costo de la mano de obra. Hay que reducir los impuestos al capital y facilitar la entrada y salida de dinero para atraer a los inversores».

Las manifestaciones son cada vez más violentas, los dos frentes no tienen límite a la hora de buscar imponerse. La ciudad duerme intranquila, respira como si de una terrible fiera se tratase, una cruel alimaña que mejor no despertar. En las calles, oscuras y plagadas de criminales (tanto privados como a resguardo del Gobierno), se respira un clima de odio y enconada venganza, de rencor acumulado. Las circunstancias han llevado a muchas personas a ampararse en las sombras, dispuestas a matar por el más mínimo trofeo que permita paliar el hambre... En este ambiente el fiscal Saralegui, siempre bajo el ojo vigilante y protector del inspector Capitán, tendrá que enfrentarse no solo a los más corruptos mandamases, también a un pasado que parece hacerse patente en cada decisión que va tomando.

El panorama es verdaderamente escalofriante y la inseguridad de las calles no hace sino esconder los trapos sucios (dinero negro, droga, tráfico de influencias y capitales, violencia...) de una sociedad convulsa que parece abocada a la más inminente destrucción.

«Andan por allí algunas almas buenas y caritativas, gente ingenua, bien intencionada, que quiere ayudar: un puñado de sociólogos y médicos que conviven con una jauría de estafadores de toda clase: adivinos, tarotistas,

curanderos, manosantas, curas y evangelistas, cada uno con su cuento del tío, cada uno con su extorsión. De alguna forma emparentados con ellos, en lo más bajo de la cadena alimentaria, están las hienas y los caníbales: pobres que roban a los pobres».

Actores, figurantes y comparsa

DIEGO SARALEGUI es el fiscal a cargo de la investigación en torno a la muerte del hijo de un potentado empresario. Casado, aunque su relación hace aguas desde hace tiempo. Vive por encima de sus posibilidades y, aun así, sigue aferrado a ellas, pero también a sus deudas. Le gustan las mujeres, el juego, la bebida y los restaurantes caros. Es un hombre elegante, educado y caprichoso, pero no tan inteligente como él quisiera. Acabó la carrera universitaria a base de hacer trampas y comprar temarios... No tenía madera de abogado, de ahí que se decantara por la función pública. Rememora continuamente las actuaciones y consejos de **DANDY**, el padre que nunca (a su pesar) llegó a quererle como hijo.

ERHARDT es un empresario de fuste y formas exquisitas, más elegante que ningún otro. Su cabello es de un blanco incandescente, repeinado hacia atrás. Su nariz puntiaguda y rostro afilado le dan aspecto de águila cayendo en picado. Es como un personaje de cómic: frío, calculador, parece no tener sentimientos, ciertamente como un ave de presa. Su ambición no tiene límites, a costa de quien sea y de lo que sea. Millonario y con gran influencia en las altas esferas, en la ciudad parece no hacerse nada que no pase por su visto bueno, de ahí que cuando matan a su hijo en Villa 31, el caso se convierta en prioritario. Su plan para construir en barrio tiene que salir adelante como sea...

«Le voy a dar un consejo que no me pidió. Haga todo lo que le pidan y salga de este embrollo en que se ha metido lo antes que pueda. No importa con qué lo tienten, no trate de sacar provecho de la situación. Entienda que este es un bocado demasiado grande para usted».

El **INSPECTOR CAPITÁN** es el custodio asignado al fiscal Saralegui durante el caso para que le vigile y sirva de guardaespaldas. Corpulento, atractivo y tranquilo, su traje anticuado y oscuro —de aristócrata de clase baja— destaca en aquel paisaje de obreros y desarrapados. Sus movimientos y ademanes son pausados y medidos, por momentos parece moverse a cámara lenta. Sus ojos, en cambio, son pequeños, curiosos y activos, como él. Parece estar en continua vigilancia y atento a todo lo que sucede alrededor. A pesar de ser desconfiado, seco y, a veces, muy antipático, todo el mundo le trata con respeto. Sus contactos y visión periférica serán de gran al fiscal, para avanzar en la investigación y escapar cuando toca.

BONASERA es el juez asignado al caso; rechoncho y sonrosado, en los tribunales lo conocen por sus sentencias brutales. Detesta a los pobres, cuando no le gusta cómo huele el que llega a su juzgado, lo manda de regreso a la leonera para que le den unos manguerazos. **ETCHEGOYEN** es el superior en judicatura de Saralegui, un hombre que, en cierto modo, prefiere quitarse cargas de encima que afrontarlas como realmente corresponde. **JORGE IÑÍGUEZ**, comandante en jefe del Ejército, es un matón al que el fiscal conoció cuando iba al colegio; ha ido ascendiendo en el escalafón a golpe de codazos: para que el presidente le diese el cargo tuvo que pasar a retiro a seis generales más antiguos. **GASULLA** es la presidenta del Consejo, una mujer de carácter y mano dura con los jueces a su cargo, cuyos aires de socialista parecen demostrar más interés por el bienestar del criminal que de la persona que lo juzga. Tiene crucificado a Bonasera (cuestiona y está casi siempre en desacuerdo con sus sentencias y métodos), por tanto, también al fiscal Saralegui.

«La multitud ruge. Más molotov son lanzadas ahora a los policías. Uno de ellos toma fuego, se arroja al piso y comienza a rolar. Detrás, arde el camión. La tercera línea de policías se adelanta; estos cargan escopetas con munición de plomo. Comienzan a disparar hacia la multitud, a los cuerpos, a las cabezas. Un hombre aquí, una mujer allá, un chico más allá caen y son recogidos en andas por sus colegas. La masa retrocede, los policías avanzan».

TOMÁS SELVETTI, alias el Indio, está detenido e imputado por asesinar a un *hacker* internacional instalado en Buenos Aires. Se trata de un mafioso que controla todos los negocios sucios que se realizan en la Villa. Hombre seguro y pendenciero, delgado y fibroso, emana una energía animal que amedrenta. **JULIA** es la pareja de Selvetti, una mujer que es pura belleza y armonía, sensualidad y ritmo en un cuerpo perfecto. Despierta en el fiscal Saralegui un inevitable instinto de posesión y deseo; la maquinaria judicial la puso a su disposición y ahora se ha convertido (o eso quiere pensar él) en un engranaje importante de su destino. Esa pasión sin freno lo empuja a emprender un plan en el que ella se ha convertido en su principal objetivo.

La Ciudad de la Furia

«La venganza se llama justicia cuando la ejerce el Estado».

La vuelta del escritor argentino al género negro que lo vio nacer como novelista no puede ser más contundente. Dejar a su principal adalid, el Perro Lascano (protagonista de sus anteriores novelas), no le ha supuesto ningún trauma narrativo. En *La Ciudad de la Furia*, Mallo busca a otros personajes impactantes que respalden la escritura tajante y certera que le caracteriza, y aplica todo su ingenio novelístico en construir una vibrante distopía en la que nadie es inocente y nada es lo que parece. Aunque todo transcurre en un Buenos Aires que ha sufrido la más terrible de las pandemias y está acusando las consecuencias sociales de la mayor recesión económica, bien podría transcurrir en una ciudad que podría ser otras muchas ciudades del mundo occidental; en una sociedad sin nacionalidades donde las grandes corporaciones gobiernan en la sombra y marcan los grises designios del ciudadano.

En el panorama literario actual, Ernesto Mallo sigue dominando la novela negra como pocos. No es frecuente encontrar trabajos con la contundencia y causticidad que demuestra *La Ciudad de la Furia*. Su mirada de la sociedad y del círculo de poder que gobierna las grandes instituciones es tan brutal y mordaz como aquella salvaje realidad dictatorial que nos hacía vivir en sus anteriores novelas. Quizá más. Desde una perspectiva negra (negrísima), la sociedad que el autor dibuja aquí podría no estar tan lejos, o eso pretende transmitir un Mallo en estado de gracia.

«Son más las cosas que dejó que las que se llevó, pero su ausencia pesa más. Es cierto que nunca me importaron esos objetos, pero me importan ahora. Me siento despojado. Desgarrado como la hoja en la que me escribió su despedida, que me deja la impresión de ser un malvado. Me siento solo, afiebrado y con una enorme necesidad de ser abrazado».

En *La Ciudad de la Furia* encontramos a políticos, empresarios, jueces y policías corruptos, pero también a algunos que son honrados, o al menos pretenden serlo. Las circunstancias son las que deciden en la mayoría de los casos. También podría decirse entonces que son miles los delincuentes quienes, capaces de cualquier cosa por ambición, pueblan una ciudad hastiada de tanta pobreza y desilusión. Todos

ellos componen un retrato cruel de una sociedad rota por las diferencias, por esa imposición que los ricos (las grandes corporaciones) hacen a los políticos para seguir declarando la guerra a los pobres, por criminalizar la pobreza. Sí, Mallo no solo habla de defender el orden, sino de lidiar con una guerra que no se sabe quién ganará, pero cuyo coste será muy alto.

«A estos mierdas no hay que mostrarles miedo. De eso viven. El error típico es andar junto a las paredes, escondiéndose, sin hacer ruido, tratando de pasar desapercibido. Estos hijos de puta huelen el miedo como las hienas huelen la sangre. Hay que hacerles pensar que uno es más jodido que ellos y que meterse con nosotros es peligroso».

El autor no tiene miedo a la hora de destapar todas las zonas más oscuras del ser humano. Se pone en la piel de cada personaje y lo muestra atrevido hasta en sus instintos más bajos... El lector no puede quedar indiferente. Si las calles se han convertido en frente de batalla, nuestros protagonistas, Saralegui, Capitán o Julia, solo luchan por sobrevivir o, al menos, por seguir manteniendo la vida privilegiada que les ha tocado. Pero, aun así, Mallo no puede dejar de lado la investigación criminal que sustenta toda novela negra: aquí la desdobra en dos frentes (el caso del activista asesinado y la particular resolución del caso Selvetti) que acentúan la descarnada, también apasionada, brutalidad del hombre llevado hasta el extremo.

Ágiles y perspicaces, los diálogos muestran una curiosa estructura (marcados en cursiva, pero sin los convencionales signos ortográficos que los delimitan), que puede parecer chocante, pero que ya son marca de la casa, llegando a alcanzar enorme fuerza narrativa. Esta es una novela sin héroes, pero sí con represores, con personajes cargados de fuerza que viven al filo de la navaja momentos realmente exasperantes. Como decía Ricardo Piglia, «en toda buena novela policiaca, lo que está en juego no es la ley, sino el dinero (o mejor: la ley del dinero)». Aquí está en juego el dinero, pero, además, tienen un papel importante el deseo y las contradicciones, lo que humaniza al personaje. Un libro, a veces doloroso y poético, otras brutal como un golpe en el costado... Ernesto Mallo en vena.

«¿Sabe cómo se llama al tiempo que media entre dos terremotos? No. Silencio sísmico. Eso es lo que se siente ahora, pero ese silencio no va a durar, estamos parados sobre un volcán, Saralegui, y debemos evitar que entre en erupción por todos los medios».

Han dicho de su trabajo

«En la más rigurosa y perfecta tradición de la novela negra, Mallo nos regala este libro para leer sin parar y sin aliento». «Este hombre sabe. Sabe de armas, sabe de pizzerías, sabe de mujeres, sabe de cadáveres, sabe de autos, sabe cómo funciona una comisaría, cómo funciona una máquina de hacer café y cómo funciona (o no) un asalto. Pero, sobre todo, sabe contar».

ANA MARÍA SHUA

«En la más rigurosa y perfecta tradición de la novela negra, desvelando, al mismo tiempo, la esencia destilada de la argentinidad, Mallo nos regala este libro para leer sin parar y sin aliento».

GUILLERMO SACCOMANO

«Tu novela no me deja ir a cenar».

ELSA OSORIO

«Las novelas de Mallo pertenecen a ese capítulo de la novela negra que podríamos denominar novela histórica de crímenes: la novela negra como crítica moral de una época».

JUSTO NAVARRO, *Babelia, El País*

«Ernesto Mallo nos sumerge de lleno en un mundo en el que conviven el asesinato y la impunidad del poder, en un paisaje trufado de asesinos a sueldo y bandas parapoliciales».

JAVIER CORIA, *Público*

«Es muy buena, buenísima, una joya. Mallo nos promete que habrá más novelas con el comisario Lascano. Que no tarde».

ERNESTO AYALA-DIP, *El Correo*

«El escritor Ernesto Mallo se ha convertido en uno de los nombres en castellano más a vigilar dentro del mundo negro-criminal».

Qué leer

«Una lectura vertiginosa, intensa, que provoca al pensamiento».

The Guardian

«Si quiere leer una buena policiaca que, superando el marco del género, ofrezca la visión de una ciudad o un país, esta novela es para usted».

Le Monde

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios: epalacios@siruela.com

Tel.: 91 355 57 20

Ediciones Siruela